

Sé que no he hecho un estudio irreprochable; no lo he intentado; tan sólo he querido proporcionarme el gusto de demostrar que nuestro Don Quijote es conocido en el mundo entero, y tomar de ese modo parte en el tercer centenario, como la tomo siempre en todos los acontecimientos de España.

PAZ.

Nymphenburg, 30 de abril de 1905.

SI mi memoria no me engaña, conocí á Don Quijote en Suiza. Habíamos ido á Ginebra para salvarnos del sitio de París á fines del año 1870. Entre los libros que en aquel tiempo leí, estaban «Les Aventures de Don Quichotte de la Manche», arregladas para niños, con estampas de colores muy vivos y chillones. Á pesar de los años que han transcurrido, aun me parece como si estuviera viendo la sangre roja del gigante del reino Micomicón salir de los cueros de vino. ¿Por qué es precisamente ésta una de las estampas que mejor recuerdo? No lo sé; tal vez, porque fué la primera noticia que tuve de que el vino se guardaba en pellejos, ó porque, llevada del instinto de destrucción que todo hombre lleva en sí, me daban ganas de pinchar en ellos. Lo cierto es que podría casi dibujar de memoria aquella estampa. Otra que recuerdo perfectamente, debido sin duda á las circunstancias que la rodeaban, es

la que representaba la escena, en la cual el cura y el barbero queman los libros de caballería. Mi madre no quería ni mirar esa crueldad (que no perdonó nunca á Cervantes), hasta tal punto que creo no llegó á enterarse de que su querido Amadís de Gaula se había salvado del auto de fe. ¡Le gustaba tanto, para descansar de la prosa de la vida, lanzarse por mundos imaginarios, que fué para ella una gran satisfacción ver aparecer el cisne que traía á Lohengrin, y saber que la lanza que Klingsor tiró á Parsifal había quedado suspendida sobre su cabeza por las flores encantadas!

Dicen que después de publicarse el Quijote, no se volvieron á imprimir los libros de caballería; pero ahora que se evitan las leyendas religiosas, ha sido necesario desenterrar las aventuras fantásticas, para dar algún alimento ideal á las almas. Santa Teresa, antes de encontrar lo verdadero, se hartaba de esa lectura, según cuenta ella misma en su Vida, que publicó el año 1873 la Sociedad Fototipográfica Católica: «Parecíame», escribe la Santa, «no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan sano ejercicio,

2

aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento.» Esta confesión de un alma tan grande explica por qué Cervantes tomó una medida tan radical.

La segunda vez que encontré á Don Quijote, fué ya en todo su esplendor. Mi hermano, que tenía un gusto especial en enseñarme las bellezas de nuestra literatura, venía en Madrid por las tardes á nuestro cuarto con el Quijote; leía muy bien, y era un verdadero placer escucharle; á lo mejor hacía una parada en firme, tosía, se reía, y decía francamente: «Hay que saltar.» Y así, saltando los trozos escabrosos, hicimos amistad con Don Quijote de la Mancha.

Cuando me casé, recibí entre otros regalos la magnífica edición en folio de Tomás Gorchs, Barcelona 1859, con ilustraciones de Gustavo Doré. En los días sombríos del invierno, en que arreciaba la tempestad, para olvidarme de la nieve, que se arremolinaba ante mi ventana, llamaba á una antigua servidora que me había querido acompañar á Baviera, y le decía: «Léeme el Quijote»; empezábamos á caminar «por el campo

3

1*

de Montiel», y al cabo de un rato sentíamos «el sol, que entraba tan aprieta y con tanto ardor», que no notábamos ya más los grados que marcaba nuestro termómetro.

Otro amigo me regaló más tarde, para que me hiciera compañía, una estatua de Don Quijote de cuerpo entero, un tanto afrancesado, pero en fin, es él, «seco de carnes, enjuto de rostro»; allí está erguido sobre su pedestal, y mis hijos se acostumbraron á verlo entre los retratos de familia; lleva con tanta dignidad la bacía del barbero sobre su cabeza, que me daba lástima, por amor á la verdad, explicarles que no era el yelmo de Mambrino; pero ya saben la historia.

Un día, al visitar el palacio del príncipe Fúgger en Augsburgo, fué grande mi alegría al ver otra estatua parecida á la mía. Mi sorpresa encontró pronto razonable explicación. El diálogo que sostiene Don Quijote con Sancho Panza en el cap. 23 de la Parte Segunda dice así: «Créame vuesa merced, señor Don Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad, adonde quiera se usa, y por todo se estiende, y á todos alcanza, y aun hasta los encantados no perdona; y pues la señora

Dulcinea del Toboso envía á pedir esos seis reales, y la prenda es buena, según parece, no hay sino dárselos, que sin duda debe de estar puesta en algún grande aprieto. Prenda no la tomaré yo, le respondí, ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino sólo cuatro reales (que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro día para dar limosna á los pobres que topase por los caminos), y le dixé: Decid, amiga mía, á vuesa señora, que á mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un *Fúcar* para remediarlos.»¹ ¡Quién no conocía al Fúcar, que

¹ Don Juan Antonio Pellicer, comentando este pasaje, dice que la familia de los Fúgger es originaria de Constanza y la estableció en Augsburgo Jacobo Fúgger, llamado el viejo, sin que los genealogistas disimulen que su fundador fué un artista rico que vivió en el siglo XIV. Aunque el renombre con que se ha celebrado siempre este linaje es el de rico y opulento (pues su riqueza se convirtió en proverbio), han florecido sin embargo en él muchos que no sólo cultivaron las letras, sino que protegieron á los literatos, especialmente Antonio Fúgger, Juan Jacobo Fúgger y Raimundo Fúgger, consejero de Carlos V, el cual consumió grandes caudales en pinturas, en antigüedades y en plantas y hierbas para los jardines de su propio palacio. Á él dedicó las «Inscriptiones sacrosanctæ vetustatis» Pedro Apiano el año 1534, donde le alaba de erudito, de favorecedor de los sabios, de grátificador

había ganado con su trabajo las riquezas que ponía á los pies de Carlos V! Con legítimo orgullo enseña el príncipe á sus huéspedes un pedazo de tela de algodón tejido por sus antepasados, y usa con preferencia en sus gemelos el peine del tejedor á la corona ducal. Es uno de los primeros señores de Baviera. Todo un barrio de la ciudad de Augsburgo le pertenece; se llama la Fuggería; allí viven con sus familias todos los empleados de los Fúgger, casi de balde, pagan sólo lo bastante para que no les humille la limosna; es como un pueblo dentro de la gran

de los poetas, aun de los malos, y particularmente de mecenades de Erasmo. En Madrid, donde todavía se conserva la calle del Fúcar, dedicó también al conde Alberto Fúcar el capitán Diego de Xaramillo sus «Sueños», y Don Bernardo de Vargas Machuca sus «Ejercicios de la Gineta», publicados el año 1600. Tengo este libro en las manos por amabilidad del príncipe Fúgger. En el prólogo escribe el autor dirigiéndose al conde estas laudatorias frases: «Mandándome escreuir la Teórica de lança y adarga, por parecerle tēgo della alguna práctica: y juntamente los ejercicios de la gineta; mostrando en esto V. S. el particular conocimiento que della tiene: y en general grande afición á la nación española: á esta causa los Caualleros della deuen especial reconocimiento á las muchas virtudes y partes de tan gran señor como en V. S. resplandecen, con tanta perfición y aprouación de todo el mundo.»

ciudad, rodeado de un muro con varias puertas con el escudo de armas de Fúgger. Creo hallarme en mi casa cuando voy á verle. Cuatro Ticianos cuelgan en su elegante y confortable cuarto de trabajo: el emperador Carlos V, su hermano Don Fernando, el Fúcar y su mujer. «Los pintó el Ticiano en esta misma casa cuando el emperador Carlos V nos hizo el honor de ser nuestro huésped», dice sencillamente el príncipe. «Y la chimenea en la cual, según cuentan los cicerones y hasta hay cuadros que lo representan, quemó el Fúcar las deudas de Carlos V, ¿dónde está?» Á mi pregunta el caballero, que quiere evitar que su antepasado el tejedor resulte más grande que el mío, me contesta: «No existe en mi casa acta ninguna que compruebe ese hecho.» Estos días, con motivo del tercer centenario, me ha puesto el príncipe en las manos la primera edición del Quijote publicada en 1605 en Madrid por Juan de la Cuesta, traída de España por uno de sus antepasados, y que se encuentra en su biblioteca entre más de veinte mil volúmenes. Con verdadero respeto he hojeado ese ejemplar, en el cual estaban subrayados los sabios refranes

que encierra; hay algo imponente en la pátina de los siglos, y cuando cubre pedazos de nuestras glorias pasadas me produce mayor impresión. Me ha enviado también las «Novelas ejemplares» publicadas en 1617, con otro libro editado el mismo año en Madrid: «El Fénix de España Lope de Vega Carpio, Familiar del S^{to}. Oficio; 8.^a parte de sus comedias con Loas, Entremeses y Bayles, á más de El Peregrino en su Patria, de Lope de Vega, Bruselas 1608; Arcadia, prosas y versos del mismo, 1598; y doce comedias que dejó por imprimir.»

No puedo enumerar todos los libros que me ayudan á transportarme á la época de Cervantes; sólo citaré, porque se relacionan con la nota de Pellicer, las «Reglas de las órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara», impresas en aquel tiempo, en las cuales, entre los varios asientos que tenían los Fúcar en España, se contaban el de las minas de Guadalcanal y el de la Mesa Maestral de las órdenes militares.

Pero no nos detengamos más en Augsburgo; sigamos buscando las huellas de Don Quijote por el mundo entero.

En otra ciudad vecina que se relaciona con nuestra historia, en Ratisbona, pregunté también si había pasado por allí mi amigo Don Quijote; pero Don Juan de Austria, cuyos pasos seguía con orgullo su ciudad natal, había muerto ya en 1578, y en aquel tiempo se conocía á Miguel Cervantes más como soldado que como escritor. Don Modesto de Lafuente en su Historia General de España, al hablar de la batalla de Lepanto, dice: «No podemos dispensarnos de hacer especial mención de un soldado de España que, prostrado de fiebre en la galera *Marquesa* de Andrea Doria, pero sintiendo en su pecho otra fiebre más ardiente, que era el fuego del valor y el afán de combatir, dejó el humilde lecho en que yacía, y pidió á su capitán le colocara en el puesto de mayor peligro. En vano sus compañeros, en vano el capitán mismo intentaron convencerle de que estaba más para curar que para exponer su cuerpo. El soldado insistió, el soldado peleó con gallardía, el soldado fué herido en los pechos y en la mano izquierda, mas no por eso quiso retirarse, porque era máxima de este soldado, 'que las heridas que se sacan de las batallas

son estrellas que guían al cielo de la gloria'.» La fama de Cervantes llegaría á Ratisbona con los detalles de la victoria de Lepanto. «Concluída la batalla», dice el cronista en la Biblioteca de Autores Españoles, «después de una breve estación en el puerto de Petela para reparar las averías, volvieron las fuerzas navales á Sicilia, desde donde se repartieron los buques en varios puertos de Italia para la próxima invernada. Cervantes permaneció en el hospital de Mesina curándose de sus heridas, agravadas por efecto de sus otros males; la curación fué larga, supuesto que duraba todavía en el mes de marzo del año siguiente, con el consuelo de verse atendido por su ilustre general el Señor Don Juan, quien, tan terrible para sus enemigos en el campo, como benévolo y amoroso para sus soldados, hizo el debido aprecio de sus merecimientos, le socorrió varias veces, y le aventajó en tres escudos al mes, cuando ya restablecido se halló en el caso de volver al servicio.» ¡Qué lástima que Don Juan de Austria no leyera el Quijote!

En Ratisbona puede uno creerse en otros tiempos; ese respeto que se enseña difícilmente al

que no lo tiene heredado, detuvo mis pasos en un punto de la soberbia sala consistorial del Ayuntamiento. Era un saledizo como los que se ven en las casas alemanas de la edad media, con sus cristalitos redondos de fondo de botella. «Aquí se sentaba muchas veces Carlos V», me dijo el alcalde. «Lo había sentido», le contesté.

Pensé que las postas de Taxis, que cruzaban en tiempos de Cervantes la mayor parte de Europa y llegaban hasta Sevilla, podían haber adquirido para sí uno de los primeros ejemplares de la obra de aquel soldado, cuyas cartas habían transportado en otro tiempo, y le pedí á mi prima la princesa de Taxis, me dijera qué ejemplares tenían de Don Quijote en la biblioteca de su palacio de Ratisbona. Allí conservan ellos, como el Fúgger su telar, el antiguo coche de postas al cual deben su inmensa riqueza. No hay nada más hermoso que el agradecimiento, y da gusto ver á los príncipes más ricos del reino enseñar con respeto el coche, en el cual sus antepasados recorrían las carreteras¹.

¹ El Señor Mehler en la Historia de la casa de Thurn y Taxis dice que el rey Carlos I de España les concedió la *Staatsangehörigkeit* en todos sus reinos. El año 1520 Johann Baptista

Pero se conoce que con lo mucho que tenían que hacer sus postas con las guerras de Flandes, y más tarde la de Sucesión, que arrastró á media Europa, no les quedaba mucho tiempo para ocuparse en literatura, porque las ediciones más antiguas que tienen del Quijote son de los años 1704—1735: «Histoire de l'admirable Don Quichotte de la Manche», en seis tomos, París, Veuve Barbin; y la de P. Humbert de Amsterdam, con grabados en cobre. Siguen en la lista que de la biblioteca del príncipe de Taxis he recibido: «Les principales Aventures de l'admirable Don Quichotte, représentées en figures par Coypel, Picart le Romain et autres habiles maîtres; avec les explications des XXXI planches de cette magnifique collection, tirées de l'original espagnol de Miguel de Cervantes. A la Haie 1746, Pierre de Hondt.» —

von Taxis fué nombrado *General-Oberpostmeister* (Director General de Correos) del emperador Carlos V. Hoy día tienen estos príncipes aún en la Corte de Baviera el título de *Kronoberpostmeister* (de los correos de la Corona). Leonardo I, hijo de Johann Baptista von Taxis, tuvo que padecer mucho por su lealtad á Felipe II, cuando se alzaron los Países Bajos contra España. El rey les concedió entonces el lema que llevan en sus armas: *Perpetua fide.*

«Leben und Thaten des weisen Junkers Don Quixote von la Mancha. Aus der Urschrift des Cervantes nebst der Fortsetzung des Avellaneda», por F. J. Bertuch. Seis tomos en 8°. Leipzig 1780—1781, C. Fritsch. 2ª edición, con grabados. — «Histoire de l'admirable Don Quichotte de la Mancha traduite de l'espagnol, nouvelle édition.» París 1798, Fr. Dufart. Cuatro tomos en 8º mayor, con grabados.

Además la princesa de Taxis, que es la archiduquesa Margarita de Austria, me ha facilitado el que pueda seguir á nuestro Don Quijote por Hungría.

* * *

Pero antes miremos qué tal está representado en Munich. La princesa Teresa, hija del Príncipe Regente, que, por los libros científicos que ha publicado, ha sido nombrada miembro de la Academia de Ciencias de Munich, me ha proporcionado la lista de los ejemplares que se encuentran en la biblioteca del palacio real: «El ingenioso Hidalgo Don Quichotte de la Mancha», etc. Seis tomos. Berlín 1831. — «Todas las obras de Cervantes traducidas por Adalbert Keller y Friedrich Rotter.» Cinco

tomos son el Quijote de Adalbert Keller. 1839.— La traducción francesa de Florián, que es la menos exacta, pero muy conocida. Dos tomos. París 1810.— Otros dos tomos de la traducción francesa de Viardot. París.— Una edición alemana en tres tomos publicada en Pforzheim, 1839, con ilustraciones de Tony Johannot.— Por fin, otra edición francesa en un tomo. París 1853.

Como se ve, en la biblioteca del palacio real de Munich se nota la mano de Luis I de Baviera, el rey artista y poeta, que consiguió que Munich llegara á merecer el título de Atenas moderna, poblándola de edificios para las artes y las ciencias, entre los cuales uno de los más útiles para el progreso intelectual del pueblo es la Biblioteca Nacional. Allí me fuí naturalmente en busca de mi Don Quijote, segura de encontrarle. Un compatriota, que está siempre dispuesto á ayudarme en todo, me esperaba en el local, y me presentó á un joven alemán bibliotecario que habla español correctamente; se habían conocido en Salamanca, y esa circunstancia daba cierto color local á mi excursión en busca de libros; no separa uno bien el nombre de Salamanca de los libros;

recuerda nuestros grandes tiempos, y yo á lo mejor limpio como Don Quijote «las armas que habían sido de sus bisabuelos, que tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón», y comprendo que se engañe uno á sí mismo y se crea un personaje. Cuando se compara lo que fuimos con lo que somos, es un gran consuelo ver, sin que sean vanas ilusiones, una juventud decidida á trabajar por la regeneración del país, y se honra al antiguo nombre cuando al preguntar en la Universidad de Munich: «¿De dónde es este estudiante tan aplicado?» contesta simplemente: «De Salamanca.» Los empleados de la biblioteca están acostumbrados á verle casi á diario llevando ó trayendo libros; es verdad que no va sólo á buscar los que le hacen falta á él, sino también los que me hacen falta á mí. Fuimos, pues, por las inmensas salas del magnífico edificio, hasta llegar á la sección española, en la cual desearía, por cierto, encontrar más obras de los autores modernos, y aprovecho la ocasión de llamarles la atención sobre este punto, porque en este país, donde el sol no tienta tanto á dar

paseos, se llena á diario la espaciosa sala de lectura de la biblioteca, y confieso que no sin cierta envidia me quedé contemplando el cuadro desde la puerta: allí se oye sólo, en el silencio respetuoso que inspira el trabajo, el ruido de las hojas que se vuelven, ó las plumas que toman notas.

Reconocí los dos tomos en folio publicados por Montaner y Simón en Barcelona, en 1880, é ilustrados por Balaca; los habíamos traído en uno de nuestros viajes á España. En 4.º tienen la edición facsímile de la Primera Parte que se editó en Madrid en 1608 y está muy bien reproducida; una del año 1704, editada en Barcelona; dos editadas en Madrid en 1723 y 1730; una preciosa publicada en Londres en 1738, con grabados finísimos de Vanderbank; El Quijote comentado por Clemencín, Madrid 1833—1859; y la edición reproducida por la foto-tipografía en Barcelona, 1871. En 8.º hay una edición de Valencia, 1806; tres de Bruselas, 1607, 1611 y 1671; una de Barcelona, 1617; de la Haya, 1744; de Madrid, 1787 y 1798, con notas de Pellicer; y otra de Cádiz, 1876. ¡Me parece que se puede estudiar el Quijote original en Munich!

En francés hay una edición en folio, «Les principales Aventures de l'admirable Don Quichotte», publicada en 1746 en la Haya; y diez en 8.º, de las cuales dos traducidas por F. Rosset, París 1618 y 1625; una por Cés. Oudin, 1625; cuatro por un desconocido, París 1695, 1704 y 1754, y Amsterdam 1696; dos traducciones de Florián, una publicada en París, 1799, y otra en Stuttgart, 1834; y por fin una de un autor anónimo, París 1821.

En inglés una traducción de Smollet, en 4.º, con grabados de F. Hayman, publicada en Londres, 1755; y la misma en 8.º, también de Londres, 1782, en cuatro tomos, siendo los dos últimos la continuación por Avellaneda.

En italiano hay tres ediciones en 8.º, de la traducción de Lorenzo Franciosini, publicadas en Venecia en los años 1622, 1625 y 1738.

«O ingenoso fidalgo Don Quixote», traducido en vulgar y publicado en Lisboa 1794, en 8.º, es el solo ejemplar que escrito en lengua portuguesa posee la biblioteca de Munich.

En alemán, por supuesto, hay diferentes traducciones. La más antigua es una de Francfort, de 1669, cuyo título me hace sonreír por estar